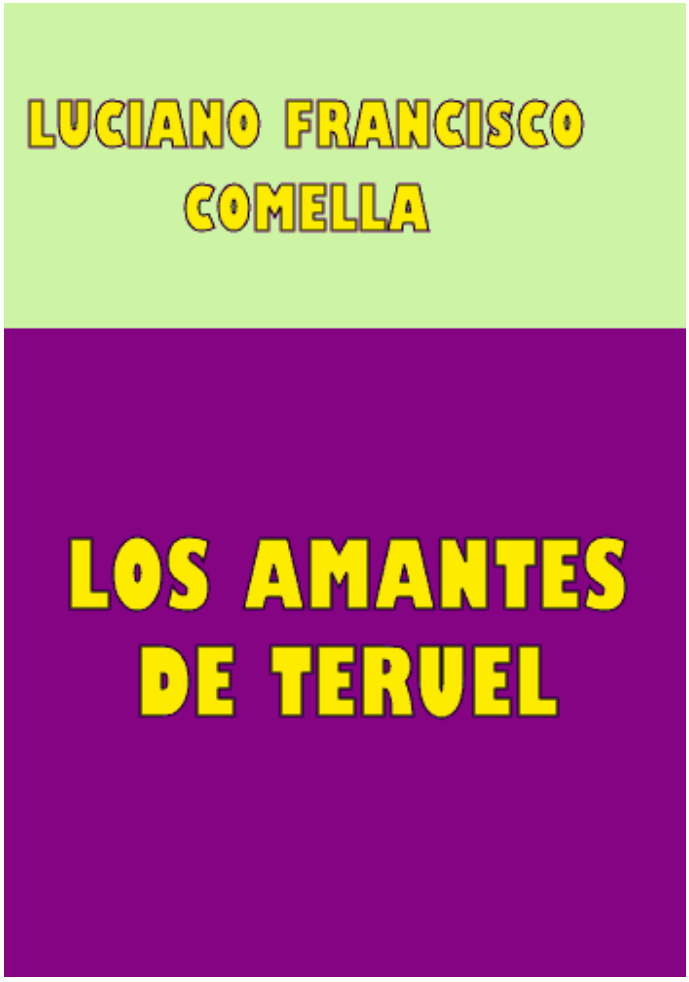
LIBRO dot.com

LOS AMANTES DE TERUEL

LUCIANO FRANCISCO COMELLA



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PERSONAJES

DOÑA ISABEL.

DOÑA ELENA.

DON DIEGO.

La Escena es un salón de la casa de DOÑA ISABEL en Teruel.
Salón ricamente adornado que sirve de entrada a otros salones de la casa, por cuyas puertas se verán arañas encendidas y otros adornos ricos; todo destinado a la boda de DOÑA ISABEL y DON JUAN. Al correrse la cortina sale un numeroso séquito de Damas y Caballeros que figuran ser los convidados a la boda. Salen a recibirlos DOÑA ISABEL, DOÑA ELENA y DON JUAN, quien les manifiesta la Novia, y todos dan muestras de cumplimentarla. DOÑA ISABEL suspira de rato en rato, y DOÑA ELENA la tira de la ropa para que disimule. Finalmente, DON JUAN conduce a los convidados adentro, DOÑA ISABEL se queda atrás; DOÑA ELENA la da a entender que por qué no va, y cogiéndola de la mano la lleva al primer término del Teatro: va a hablar y no puede, y se deja caer con el mayor abatimiento sobre un asiento. Todo esto habrá sido expresado por la música.

ELENA ¿Qué tienes que decirme? habla, prima.
¿La voz te falta? ¿Pierdes el aliento?
Dime la causa de tus graves males.
¿Qué me quieres decir con los acentos
que profiere el dolor, y el dolor trunca?
Tú parados los ojos, ¿qué es aquesto?
Te veo moribunda, yerta, fría,
y perdido del rostro el color bello;
¿te acuerdas de Don Diego?
ISABEL Calla, calla,
no aumentes con nombrarle mi despecho,
mi rabia, mi furor.

(Dos compases de música muy fuertes: anda un breve instante despechada, y coge de la mano a DOÑA ELENA, y dice con languidez: la música acompañará con un andante triste.)

Ya me he casado;
de un padre y de un amor ya he satisfecho
los bárbaros designios; ya la fuerza,
la venganza y los celos consiguieron
hacerme ser perjura, ser ingrata,
ser traidora e infiel; pero no es el tiempo
este de recordar de un hombre ingrato,
y de un padre tirano juramentos
y amenazas; tan solo es tiempo, prima,
de mirar por mi honor, y mi sosiego;
de sofocar ideas y pasiones

que ultrajen los respetos del himeneo,
que falten al decoro: con cuidado
examina si alguno puede vernos,
si puedo sin ser vista de mi esposo
arrancar de mi alma un cruel secreto:
no te detengas, anda.

ELENA Ya te sirvo.

(Tres compases de andante triste; ínterin [] los cuales DOÑA ELENA anda registrando por el foro, y DOÑA ISABEL saca unos papeles y un retrato del pecho.)

Reliquias amorosas de mi dueño,
de mi perdido bien; pero un ingrato
no merece aunque muerto estos recuerdos;
su falsedad, las leyes del decoro
me mandan desprender de estos funestos
móviles del dolor que me acongoja.

ELENA Segura estás.

ISABEL Pues toma, arroja al fuego
lo que el fuego dictó; extingue al punto
papeles y retrato de Don Diego.
No los vea jamás.

ELENA ¿Tú te enajenas,
tú vuelves a temblar?

ISABEL Dame al momento
otra vez las reliquias de mi amante.
No me las des, Elena.

ELENA No te entiendo.

ISABEL Ni yo tampoco a mí, ¡duro contraste!
Aparta de mi vista esos recuerdos.

(Después de una pausa.)

Ya sabes que ante Dios, y ante los hombres
juró ser mi marido; y que en el templo
legitimado hubiera nuestro enlace
el sacro rito, a no ser que sus medios
retardaron hacerlo, y que mi padre
no quiso se efectuara el casamiento
hasta que a la fortuna mereciese
algún honroso puesto, y para ello
le concedió de término tres años;
pero en estos murió, y en mucho tiempo
se olvidó de mi amor y mi promesa
faltando a su palabra y juramento.
Más fácilmente imaginado hubiera
que se uniese el León con el Cordero;

Librodot

que borrascas el céfiro abortara,
que contra su corriente fuese el Ebro;
que produjese rosas olorosas
el lúgubre ciprés; que los luceros
por Occidente el giro principiaran;
que anduviese segura por los Pueblos
engañosos la simple Pastorcilla,
que mudara su amor mi ingrato dueño,
que diese aquel cruel a otra la mano.
¿A qué vienen las quejas contra un muerto?
¿A qué viene el penar, a qué las ansias,
a qué el dolor? bien hecho está lo hecho.
Su ingratitud, su olvido me ha adquirido
el honor de himeneo, su desprecio.
Estos discursos, prima, me parece
que la perdida paz vuelven al pecho,
y al amor de mi esposo me conducen
a pesar del amor sin sentimiento.
Ya me es grato su enlace, ya le amo;
ya compensar deseo sus afectos,
ya deseo mi mirarme entre sus brazos,
ya la paz recobré...

(Un golpe de orquesta muy estrepitoso.)

¡Pero qué veo!
¡Qué horror! ¡qué confusión!

ELENA ¿Qué te intimida?

ISABEL Donde descansan del cadáver yerto
las pálidas cenizas de mi esposo,
se levanta una sombra, cuyo aspecto,
cuya figura en todo es parecida
a la suya: hacia mí con pasos lentos
y en tono amenazante se dirige;
mírale, mírale.

ELENA Deja del miedo
mentidas ilusiones.

ISABEL No me engaño,
aquí está, ¿no la ves? mira su aspecto
todo desencajado... Ay que me acusan
de fementida sus dolientes ecos,
de perjura, de infiel... con razón culpas
de mi loca pasión los viles celos;
pero ¿por qué en castigo no me llevas
al triste domicilio de los muertos?
Llévame al negro reino del espanto
y en sus obscuros pavorosos centros

sepúltame; las furias infernales
que habitan su mansión convoca fiero:
el tósigo, la rabia que alimentan
en sus toscas entrañas, dispón luego
que empleen contra mí, que me envenenen,
que me emponzoñen para que el despecho
la rabia, el odio acabe con la vida
de un corazón infiel, falso y perverso.

(Después de haberse entregado al mayor despecho, cae desfallecida en brazos de DOÑA ELENA, quien la compadece, vuelve en sí, y en tono lánguido prosigue. La música en un corto alegro, y en un piano armonioso de clarinetes y fagotes, expresará a todos estos afectos.)

Con Don Juan, dime, Elena, por tu vida
¿estoy casada ya? ¿se hizo en el templo
la sacra ceremonia?

ELENA Tú deliras.

ISABEL Tienes razón, Elena, lo confieso,
que si no fuera así, ¿cómo era dable
que me explicara así? Quise a Don Diego
fue la luz de mis ojos; su inconstancia
ha sentido mi amor; y aunque los cielos
me vengaron en parte con su muerte,
no por eso mi amor se ha satisfecho,
me ha guardado muy mal la fe jurada:
tú sabes que uno a otro juramento
nos hicimos, de unir con casto nudo.
¿Cumplió lo que ofreció?

ELENA Pues por lo mesmo
tú no debes sentir el nuevo enlace:
él faltó, que no tú.

ISABEL Siempre tuvieron
por contagio los hombres la inconstancia.
¿Conque la antorcha ha ardido de himeneo
en mis bodas?

ELENA No hay duda.

ISABEL Pues Elena,
faltaría a mi honor y a los respetos
del sacrosanto enlace, si al instante
no extinguiese del pecho todo afecto,
toda pasión o llama que tuviese
otro objeto distinto que mi dueño.

ELENA Gracias a Dios que veo en tu semblante
indicios, aunque leves, de consuelo;
para qué por un hombre tan perjuro
quieres eternamente al sentimiento
dar tributos amargos? considera

las ventajas que adquieres con el nuevo
enlace; los disgustos que has tenido
con tu padre, los llantos, los encierros,
las amenazas... viendo tu entereza
víctima te juzgué de su despecho
más de una vez: en fin te resignastes,
y con ello cobrastes el sosiego.

ISABEL Sí, prima, le cobré.

ELENA ¿Y con un suspiro
que el corazón exhala, los acentos
interrumpes?

ISABEL ¿Qué quieres? matrimonio
que hizo el poder, la fuerza o el dinero,
rara vez precursor fue de la dicha
de los dos contrayentes.

ELENA Aunque es cierto
que en el tuyo han mediado esos motivos,
¿para qué es la razón? para vencernos.

ISABEL Ya lo procuro, Elena.

ELENA Pero vuelves
la pena a fomentar con los recuerdos
que trae a la memoria tu delirio.

ISABEL Pero si yo no puedo de mi pecho
arrancar el dolor, ¿qué quieres que haga?

ELENA Con el placer, el mal halla remedio.

ISABEL No procuro...

DENTRO VOZ ¿Isabel?

ISABEL ¿Quién me ha llamado?

ELENA Tu esposo.

ISABEL Pues a Dios: si mi sosiego
tu amistad apetece, los papeles
y el retrato fatal entrega al fuego. (Vase.)

(Ínterin DOÑA ELENA registra los papeles, y el retrato, toca la orquesta un periodo análogo a la situación.)

ELENA Los papeles testigos de mi agravio
sufrirán de las llamas el incendio;
pero no este retrato, que aunque ingrato,
a mi amor se mostró siempre su dueño,
le quise con extremo, y en el alma
aún existen reliquias de mi afecto,
no obstante que murió. Si ahora viviese
a mi amor, fuera el suyo más propenso,
viendo a Isabel casada. ¡Ay bien mío!
que aunque mi amor pagabas con desprecios
siempre fuistes mi amor, siempre te quise.

Librodot

Y así el día fatal que el rigor fiero
de la muerte cortó a su vida el hilo,
sintió mi corazón tu fin funesto:
de un horror se vistió, de un negro luto...
¿no había de vestir luto mi pecho
cuando el orbe sintió tu desventura?
y así al mirar sin luz de día el cielo,
las aves mudas, y sin flor el campo,
el Pastor sin bailar, el río sesgo,
amarillo el laurel, suspenso el aire,
y a mis voces sin dar respuesta el eco,
dije absorta: o el orbe está parado []
para acabarse, o D. Diego ha muerto.
Mas de este sentimiento, de este luto
fue digna su virtud, y pues no puedo
a su memoria dar otros tributos
que el del dolor, el llanto y el lamento,
para que este tributo no se acabe
su imagen custodiar quiero en mi pecho.

(Se queda a un lado, vuelta la espalda a la derecha, y con los extremos propios del dolor guarda el retrato. Sale DON DIEGO de camino muy regocijado, y al ver las luces del festejo se sorprende, y dice:)

DIEGO Estas luces...

(Corre despavorido a mirar en el reloj de sobremesa qué hora es, y al verlo dice:)

las diez.

(Se recuesta encima de la mesa: después de recobrado busca a quién preguntar, y encontrando con DOÑA ELENA, la da en el brazo, vuelve esta de pronto, y se confunde, y después de dudar si es DON DIEGO el que ha visto, se pone a temblar, y se queda inmóvil: todo esto debe ser expresado con música, a excepción de que para de pronto las dos veces que habla DON DIEGO.)

Todo me indica,
que tarde llegué ya: por Dios te ruego
que dejes el temor.
ELENA Si del sentido
¿será esta ilusión? No, que es D. Diego.
Él es, él es.
DIEGO ¿Qué dudas? ¿y tu prima
Isabel dónde está?
ELENA ¿Luego no has muerto?
DIEGO ¿Muerto yo?
ELENA ¿Luego falsa la noticia

Librodot

ha sido?
DIEGO ¿Quién lo duda? ¿Mas qué es esto?
adornado el salón, aquellas luces...
ese tropel de gente que anda adentro...
¿qué se celebra aquí?
ELENA Tu desventura.
DIEGO ¿Se casó ya Isabel? ¿Di?
ELENA Sí, Don Diego.

(Se queda inmóvil cayéndosele lo que tiene en la mano, expresando su sentimiento un corto andante con sordinas.)

DIEGO ¿Y con quién?
ELENA Con Don Juan.
DIEGO No, no es posible,
no puede ser, Elena, no lo creo:
¿Isabel ser de otro? ¿se ha olvidado
que un casto nudo unir debe su afecto,
con mi afecto? ¿qué yo debo ser suyo?
primero creeré que de luceros
se han poblado los montes, que las fuentes
en vez de cristal puro manan fuego;
que producen nieve los volcanes;
que la reproducción del universo
naturaleza olvide; en fin, que todo,
todo se mude, menos el afecto
de Isabel, menos de su pecho amante
la fineza, el amor; y así al momento
voy a darla noticia de mi arribo,
voy a echarale a sus pies rendido y tierno.
ELENA Es hacerla infeliz con su marido;
y si la quieres bien, yo te aconsejo
que huyas de este lugar.
DIEGO ¿Pero es posible
que haya su corazón subscripto a un hecho
tan vergonzoso y torpe? si ha faltado
en Isabel la fe, los juramentos,
las ofertas, diré que son quimeras,
de los hombres, diré que son pretextos.
ELENA Repórtate Don Diego, y por lo mismo
que te debe Isabel tan buen concepto,
por su concepto mira.
DIEGO ¿Pero cómo
cupo en su corazón tan bajo intento?
ELENA No es culpada Isabel en tu desgracia;
aquí corrió que tú te habías muerto,

que otro amor ocupaba tu terneza;
fuera de esto, tu olvido en los correos...

DIEGO De lo mismo también puedo quejarme:
¡qué trato tan inicuo! ¿no me dieron []
de término tres años por si acaso
mejoraba de suerte? ¿cuándo el tiempo
pactado se cumplió? dos horas hace.

ELENA Y si antes de este tiempo su himeneo
no se ha verificado, ¿a quién lo debes?
a la misma Isabel; pues al momento
que corrió la noticia de tu muerte
volvió a insistir D. Juan en sus intentos;
y su padre, del oro alucinado,
se mostró protector de sus deseos,
y en vencer de Isabel la resistencia,
ni autoridad dejó, ni halago tierno
que no emplease: en fin, las amenazas,
los castigos, los ruegos, de su pecho
arrancaron el sí, y dos horas hace
su enlace confirmaron en el templo.

DIEGO La palabra, la mano que me ha dado
su padre, el acceder también a ello...
¿Conque ya no hay remedio?

ELENA No le hallo:
La muerte solo puede disolverlo.

DIEGO Una vez que la fuerza y el engaño
en lugar del amor y mutuo afecto,
ha formado su enlace, presididos
no verán sus amores del contento,
ni del casto himeneo propagados
en su lecho verán el dulce efecto.
La discordia voraz, la muerte horrible,
el pálido rencor, el odio fiero,
sembrarán sin cesar en vuestras almas
disturbios, disensiones, rabia y celos.
No encenderán las cándidas antorchas
los genios tutelares de himeneo
ante las aras, no: solo las furias
las sacrílegas teas con despecho
encenderán: ni sembrarán las gracias
tampoco alrededor de vuestro lecho
aromáticas yerbas, ni olorosas
flores: serpientes sembrarán con ceño,
víboras venenosas que os acaben,
que os destrocen y os llenen de tormentos,
a fin de que acabéis como yo acabo,
a fin de que muráis como yo muero.

Librodot

(Alegro fuerte en que DON DIEGO anda despechado, pero siempre contenido de DOÑA ELENA.)

ELENA El dolor te enajena de ti mismo:
un casto nudo ha unido sus afectos,
garante del amor de los esposos
cuando la aprueba el rito se hace el Cielo,
y pues Doña Isabel la frente humilla
el sagrado deber, haz tú lo mesmo:
sofoca tu pasión, su amor olvida,
o los arbitrios busca para ello:
Doña Isabel, atenta al nuevo estado
me entregó poco hace estos recuerdos,
estas cartas que ves, y este retrato.
DIEGO ¿Para qué te las dio?
ELENA Para que el fuego
extinga de una vez tu cruel memoria.
DIEGO El día que quedaron los conciertos
del enlace ajustado por mi parte
con ella aseguraron mis afectos,
pero vengan acá, que por mi mano
quiero entregar al aire sus conceptos:
ahora dame el retrato.
ELENA No es posible:
para memoria tuya le conservo.
DIEGO ¿Para memoria mía?
ELENA Que te amo,

(Música dulce que sigue hasta que se va DOÑA ELENA.)

que consagro a tu fe todo mi afecto,
es inútil decirlo, cuando sabes
que igual a mi pasión, fue tu desprecio:
y pues no puede ser tuya mi prima...
DIEGO Entiendo Doña Elena tus intentos:
¿adónde está Isabel?
ELENA ¿Qué es lo que tratas?
DIEGO Matarla a celos, pues de celos muero.
ELENA No entres, que su marido...
DIEGO Ve a llamarla.
ELENA Puedo esperar... (Vase.)
DIEGO Yo sé lo que hacer debo.
Qué torpe proceder ¡qué indigno trato!
¡edad de la inocencia! ¡feliz tiempo!
que el fraude y el engaño se ignoraba;
que el amor en los pechos era eterno;

Librodot

que ningún interés movía al hombre;
que el metal no tenía ningún precio:
al mirar la perfidia, al ver el fraude
que reina en nuestra edad, con el recuerdo
sigo la sencillez de aquellos siglos.
¿Pero tendrá la ingrata atrevimiento
de presentarse a mí sin confundirse?
tendrá valor, que cuando un falso pecho, []
comete alguna acción que le degrada,
a la reconvención opone ciego
una jactancia loca, un vano orgullo,
con que al exceso añade nuevo exceso.
Pero alguien viene aquí: si es la alevosa,
será de mi furor blanco funesto.

ISABEL ¿Quién me busca?

(En la puerta.)

DIEGO Ella viene.

(Dando dos pasos fuera.)

ISABEL ¿Quién me busca?
DIEGO Pronto su rostro desarmó mi ceño;
inmóvil... sin acción...

(Andando un poco.)

ISABEL ¿Enmudecisteis?
¿A quién buscáis, señor? ¡ay que es
Don Diego!

(Música lúgubre que exprese la situación de los dos amantes: DOÑA ISABEL se habrá sentado como fuera de sí; D. DIEGO se va recobrando poco a poco; corre agitado a ella, va a tomarle una mano y ella la retira, y sin cesar la música dice:)

ISABEL Tengo marido ya.

(A esto DON DIEGO da dos pasos atrás y la dice con el mayor despecho.)

DIEGO Yo tengo esposa.

(Para de repente la música, se levanta ella despechada y le dice.)

ISABEL ¿A la vida volviste con intento
de darme muerte? Si mi muerte aplaca
las iras de tu amor, pásame el pecho,

Librodot

hiere mi corazón: mas tan agudo
como mi pena el filo de tu acero,
¿no será para herirme? ¿cómo vienes?
Si D. Juan te ve acaso, yo me pierdo.
Ya me casé... mi padre... las noticias
que en Teruel de tu muerte se esparcieron...
mi despecho... la fuerza... la amenaza...
Pero ¿a quien satisfago? Aleve, fiero,
luego de tu mudanza las noticias
cuando tienes esposa ciertas fueron:
luego ¿no me engañaron? luego ¿fuiste
el que faltó primero al juramento?
juraste ser mi esposo, ¿lo has cumplido?
bien sabes que mi padre dio su asenso.
Hice en casarme lo que hacer debía,
atendiendo a que tú me diste ejemplo.

DIEGO Yo no vengo a pedir satisfacciones.

ISABEL Yo lo creo muy bien.

DIEGO Tan solo vengo
a darte el parabién del nuevo enlace,
y después a decirte como pienso
tomar estado.

ISABEL ¿Qué no lo tomastes?

DIEGO No haberlo ejecutado solo siento.

ISABEL ¿Con quién te casas pues?

DIEGO Con Doña Elena.

ISABEL ¡Oh cuán tarde conozco que de acuerdo
caminabais los dos! Para evadirte
de ser mío tomastes un pretexto
tan indigno; tomastes el arbitrio
de exaltar mi furor con el despecho
de los celos; aleve, de antemano
teníais concertado el casamiento.

DIEGO Deja vanas disculpas.

ISABEL Tú me matas.

DIEGO Ve a gozar del amor del nuevo
dueño.

ISABEL ¡Ay Don Diego! ¡Don Diego!

DIEGO ¿Qué me quieres?

ISABEL Que sepas que a Don Juan adoro y quiero,
que es mi marido ya; mas vete, vete,
que mi honor y tu vida corren riesgo.

DIEGO A buen tiempo precaves los peligros;
pero a Dios, que si dejo del afecto
arrebatarme, puede que mi enojo...

ISABEL Modera tu furor, templa tus celos.

DIEGO Estoy ciego, y no es dable...

ISABEL Por Dios, mira...
DIEGO Nada ya que mirar, ingrata, tengo...
ISABEL Mira que mi marido...
DIEGO Nada miro.
ISABEL Advierte que el decoro...
DIEGO Nada advierto;
y pues fuistes...
(En la puerta.)
ELENA Señor, en estos casos
más logra la prudencia que el esfuerzo. []
Yo me encargo de hablarle.
ISABEL ¿Qué resuelves?
DIEGO Morir.

(Sale ELENA.)

ELENA Señor Don Diego,
las quejas y el dolor, cuando los males
no tienen en lo humano ya remedio,
solo sirven de dar fuerza a los males;
mi prima se casó, tú tienes dueño:
su marido ha escuchado vuestras quejas;
quien te idolatra a ti muere de celos:
en esta inteligencia es necesario
que a la razón se venza el sentimiento.
El amor, y el honor son delicados,
y en vengarse crueles siempre fueron.

(DON DIEGO mira a DOÑA ISABEL con el mayor sentimiento, y haciendo un gran extremos de dolor se va precipitado. Dos compases de música despechada, en que DOÑA ISABEL quiere seguirlo, y DOÑA ELENA la detiene.)

ISABEL Sin hablarme se fue; déjame, fiera.
¿Conque tú competías mis afectos?
El que debía ser mi amante esposo,
querías usurparme: su desprecio,
su nuevo amor, su muerte fueron trazas
de que tú te valiste: lo comprendo:
¿con qué ardid, con qué cautela
supiste conducir tus fingimientos?
ELENA El dolor te enajena de ti misma,
y por eso perdono tus denuestos.
Es verdad que a D. Diego yo he querido,
pero no te podrá decir Don Diego
que yo cómplice he sido...
ISABEL No me mates,
no me mates, Elena, vete luego,

huye de mí, no sea que mi rabia,
cebe en tu vida su voraz efecto.
ELENA Pero prima...
ISABEL No quieras, Doña Elena,
provocar el furor que arde en mi pecho.
ELENA A lástima me mueven sus quebrantos. (Vase.)
ISABEL Ea, pues, Isabel, ya llegó el tiempo
de morir o vivir. Pero viene alguien;
Don Diego vuelve, ¡ay Dios! ¡a qué mal tiempo!
¿Qué traes? No me inquietes.

(Sale DIEGO.)

DIEGO Toma y lee,
estos son de tu esposo los excesos.
De un amigo, al bajar por la escalera,
acaban de entregarme aqueste pliego.
ISABEL «Envidioso D. Juan de tus amores
fingió tu muerte, y dijo que a otro dueño
dedicabas tu amor, interceptando
vuestra correspondencia en el correo.»
Un engaño frustró nuestros amores,
un engaño robó nuestros afectos.
DIEGO ¿Isabel? ¿Isabel? yo te he perdido
para siempre...
ISABEL ¿Don Diego?
DIEGO Yo fallezco.
ISABEL ¿Don Diego? ¿mi bien? ¡ay que ya ha
expirado!
¡y yo expiro también, sagrados cielos!

(DON DIEGO se desmaya, y DOÑA ISABEL se queda estática con el papel en la mano. Sale DON JUAN, y se lo quiere quitar, y viendo la resistencia que hace, se pone a escribir en el bufete; ella mira a DON DIEGO, y cae desfallecida; DON JUAN acaba de escribir el papel, se lo da y se va, habiéndolo expresado la música.)

ISABEL Un papel me ha dejado, mas ya vuelve
Don Diego... ¡qué he mirado! ¡qué es aquesto!
lee de este papel el contenido.
DIEGO ¿De quién es?
ISABEL De mi Esposo.
DIEGO ¡Azar funesto!
ISABEL Lee.
DIEGO «Prevente, pues mi honor ofendes,
a morir a los filos de mi acero.»
ISABEL ¿Te confunde el papel? ¿Qué me respondes?
DIEGO Que es razón... (el dolor me ahoga el pecho)

que cumplas... con la fe... de tu marido... []
que olvides de mi amor... hablar no puedo...

ISABEL ¿Qué tienes? ¿qué te da? ¿tú acongojado?

DIEGO Isabel... Isabel...

ISABEL Todo cubierto
de un sudor frío... Esposo...

DIEGO ¿Esposa mía?
recibe, ¡ay dulce bien! mi último
aliento...

(Se queda DOÑA ISABEL contemplando un breve instante a DON DIEGO, y la música sigue expresando siempre la languidez de DOÑA ISABEL hasta que muere.)

ISABEL El dolor de mirar mi honor manchado
le ha quitado la vida. No contemplo
cómo pudo mi esposo alucinarse
para quitarme honor y vida a un tiempo.
¿Yo he faltado a su fe, y a mi decoro?
¿Me ha visto cariñosa con D. Diego?
Si su engaño ha sentido, no es extraño,
ese infeliz debía ser mi dueño:
si mi marido cumple esta amenaza,
¿qué han de decir de mí? ¿qué dirá el pueblo?
Yo que por mi candor y mi modestia
merecí ser la gloria de mi sexo,
he de morir a manos de un esposo,
víctima del honor, y de los celos?
a tanto mal el alma se resiente,
se pasma el corazón, se turba el pecho,
las congojas me ahogan, poco a poco
me abandona el sentido y el aliento:
víctima del amor muero de pena,
fantasmas, ilusiones solo veo:
un noble corazón no necesita
para morir, morir con el acero,
que el honor también mata. ¡Dónde me hallo!
¡Dónde estoy! Ay de mí; ¿pero qué es esto?
¿Quién de matarme acaba? Cielos santos,
ya de una vez cesaron mis tormentos.

(Muere.)

(Corre DOÑA ELENA, se sorprende al ver el espectáculo, registra los papeles, y va a llamar a DON JUAN, le saca y le hace ver aquella trágica escena.)

ELENA ¡Válgame Dios! ¡qué miro! de un arrojo
ya habéis visto, D. Juan, el triste efecto.

Librodot

Con astucias lograsteis a Isabela,
y ni vos la lograsteis, ni Don Diego:
su muerte habéis causado, su desgracia;
llorad eternamente, si es que el cielo
queréis desenojar; y a los amantes
sirva esta infausta escena de escarmiento.

FIN.